

FLAVIO JOSEFO ¿POR JESUS O CONTRA JESUS?

A PROPOSITO DE UN ENSAYO DEL DR. DIEGO CARBONEL (1)

LAS fuentes principales de la vida de Jesucristo son los libros del nuevo Testamento, en primer lugar los cuatro evangelios canónicos. A las fuentes secundarias pertenecen todos los demás documentos que nos hablan del Señor, entre los cuales merecen especial consideración, por el singular valor que les da su misma antigüedad, los procedentes de los tres primeros siglos de la Iglesia. Estas fuentes, por su origen, se dividen en cristianas y no cristianas; las últimas a su vez, en paganas y judías.

Todos los documentos antiguos relativos a Jesucristo, aun los de origen no cristiano, por el mero hecho de afectar de alguna manera los fundamentos mismos del Cristianismo, adquieren, al menos consideración en conjunto, una importancia excepcional que los hace muy dignos de nuestro estudio. Más aún, gustosos reconocemos en los documentos judío-paganos cierto valor exclusivamente suyo, si bien más que absoluto, relativo y medicinal. Acontece en nuestros días que no todos aprueban el argumento que comprimió Pascal en esta frase: "Creo en la historia cuyos testigos se han dejado degollar". Para algunos por el contrario, todo testimonio de origen cristiano es, por lo mismo, interesado y sospechoso. Necesitan el aval de los indiferentes en la causa: los paganos, o el de los más acérrimos enemigos del nombre cristiano: los judíos no convertidos.

Peca semejante actitud por desmedidamente suspicaz. Es una injuria a la historia, a la psicología y a los cristianos de los tiempos heroicos, cuyo testimonio merece mucho más respeto; ya que en sus circunstancias, hacer profesión de fe cristia-

na, equivalía a condenarse a un seguro martirio incruento y a un muy probable martirio cruento, que muchísimos de hecho subrieron (1b). Este testimonio sangriento de los cristianos primitivos ofrece mucho más seguras garantías de sinceridad y verdad, que el de la crítica escéptica que lo descalifica por apasionado; la cual, lejos de exigir sacrificios y sangre, conduce a una libertad sumamente cómoda y tentadora para la traviesa naturaleza humana.

Tras estas concesiones es necesaria una limitación. El monumental edificio del Cristianismo descansa sobre bases anchas, profundas, sólidas. Cada uno de los testimonios judío-paganos viene a ser como una piedrezuela adherida a sus cimientos. Cuando el martilleo de la crítica lograra pulverizar alguno de dichos testimonios, el Cristianismo permanecería tan inconvencible.

Esta consideración nos permite asistir con serenidad impasible a la discusión de dichos documentos. Veamos hoy cómo han salido de los laboratorios de la crítica los testimonios de Flavio Josefo.

Una hojeadá rápida a la vida del egregio escritor, convence al conocedor de su época, de que no pudo menos de atraer sus miradas el pujante movimiento cristiano que a la sazón se abría paso, partiendo de Jerusalén, por todas las rutas del dilatado imperio romano. (2). Nació Flavio Josefo en Jerusalén el año 37 de nuestra era, de una distinguida familia sacerdotal perteneciente al partido saduceo. Gracias a su talento superior, a los dieciséis años conocía a fondo las doctrinas de los fariseos, sadu-

(1b) Sobre el valor histórico del testimonio de los primitivos cristianos, precisamente por los sacrificios que su fe les imponía, véase Pinard de la Boullaye S. J., *Jésus et l' Histoire*, París 1923, confer. 3ª.

(2) Heinrich Clementz, *Des Flavio Josephus Judische Altertumer*, Halle 1899, t. I. pp. 1-12. La introducción es un esmerado estudio sobre la vida, carácter y producción literaria de F. Josefo.

(1) Revista nacional de cultura, Caracas, Nov. y Dic. de 1943, n. 41, pp. 15-32

ceos y esenos, cuyas escuelas había frecuentado sucesivamente. Después de los 3 años siguientes (53-56) que pasa junto al solitario Banus, abandonando el de su familia, se adhiere al partido fariseo. Pasa siete años más en Jerusalén (56-63), tiempo en el que tuvo lugar la arrestación de S. Pablo en la misma ciudad (Pentecostés del a. 57). Por los años 64-65, durante la persecución de Nerón, le encontramos en Roma, donde las circunstancias le obligaron sin duda a fijarse en el Cristianismo y a distinguirlo del Judaísmo. Retorna a su patria al estallar la guerra romano-judía (a. 66) y es encargado de dirigir la resistencia en Galilea. Pero pronto (a. 67) se entrega a Vespasiano, a quien predice su futura elevación a la dignidad imperial, ganándose con ello su poderosa protección. Durante el asedio y caída de Jerusalén se encuentra del lado de los romanos, por lo que sus compatriotas le consideran como traidor. Se traslada luego con Tito a Roma, donde se establece y vive hasta el fin de sus días (a. 100).

En Roma escribió cuatro obras sobre temas históricos. Dos hacen especialmente a nuestro propósito. "De bello iudaico", obra compuesta por los años 77-78, y en cuyos siete libros consigna los acontecimientos de la guerra romano-judía (a. 66-70). La segunda "Antiquitates iudaicae", publicada a fines del '95, recoge en sus veinte libros la historia del pueblo judío, desde la creación hasta la guerra con Roma.

Como escritor ocupa Flavio Josefo un puesto de honor, al lado de los mejores autores de la literatura griega postclásica. Su amplitud de miras y flexibilidad mental, que a veces trasposa sus límites y se convierte en volubilidad, ofrece un rudo contraste con la estrechez y esclerosis mental característica de la secta farisáica. En su estilo brillan especialmente la claridad, viveza y elegancia. Los críticos, sin embargo encuentran bastante contrapesadas estas brillantes cualidades, con los notables defectos que señalan en el hombre y en el historiador. Asoma frecuentemente en sus escritos un concepto de sí tan vanidoso, que provoca la risa del lector (3). Afea su carácter un egoísmo astuto, el que se sobrepuso al sentimiento nacional en la campaña galilea, y lo llevó a trampear innoblemente, para salvar su vida a costa de sus propios compañeros de armas. Egoísmo es también

(3) Vale por muchos a este propósito el pasaje de su Vida 2, 9.

la raíz de su actitud aduladora para con los romanos. "Calla ciertamente a veces, o desfigura en sus obras lo que pudiera indisponerle con los gentiles" (4). En fin merman su habitual honradez ciertas exageraciones en las que apunta el afán de glorificar a su pueblo y de adular a Vespasiano, y desvían acá y allá su pensamiento concepciones características de la filosofía farisáica.

En sus Antigüedades encontramos dos pasajes relativos a Jesucristo. El primero es muy explícito y elogioso (5). **"Por entonces fué cuando vivió Jesús, varón sabio si es que es lícito llamarlo hombre, pues que fué un gran obrador de maravillas y maestro de los hombres que gustan de conocer la verdad, con lo que logró ganarse para sí muchos así judíos como gentiles. Murió condenado a la cruz por Pilatos, a petición de los primates de nuestro pueblo. Con todo le fueron fieles en el amor los que ya de antes le venían amando. AParecióseles resucitado al tercer día, cumpliéndose en esto y en otros mil detalles prodigiosos, lo que de él ya mucho antes vaticinaron los profetas; y de él lleva el nombre la gente de los cristianos, que todavía perduran en nuestros días"**.

El segundo fragmento habla de la condenación a muerte de Santiago el Menor, por el sumo sacerdote Ananus (hacia el a. 66). Este —dice Flavio Josefo— "reunió el sanhedrín de jueces, y habiendo hecho comparecer ante él al hermano (pariente) de Jesús, llamado el Cristo, por nombre Santiago y con él algunos otros, habiéndolos acusado como transgresores de la ley, los hizo lapidar".

Ninguna razón seria existe para negar la **genuinidad de este segundo fragmento**. Nada extraño, pues, que los críticos de las más diversas tendencias la concedan generalmente, siendo contadas y despreciables las excepciones. El nos presenta la personalidad de Jesucristo como realidad histórica tan conocida, que puede servir al lector de punto de apoyo para reconocer a Santiago, de cuyo martirio se trata.

(4) H. Clementz, ob. cit. t. I, p. 6.

(5) Tomo la traducción de José Zameza S. J., La Roma pagana y el Cristianismo, Roma 1941, p. 122. Va en negrita la parte que, supuesta la interpolación del resto, atribuyen a Josefo los partidarios de la genuinidad parcial. El texto griego con versión latina de ambos pasajes puede verse en C. Kirch S. J., Enchiridium fontium historiae ecclesiasticae, Friburgo de B. 1914, pp. 5,

No es tan fácil establecer lo que se debe pensar de la **genuinidad del primer fragmento**. Admitida comúnmente en tiempos anteriores, comenzó a ser discutida en el s. XVI, y a pesar de los numerosos esfuerzos hechos en todas las direcciones, la controversia perdura en nuestros días, sin que nos sea dado vislumbrar su fin, ya que todos los datos con que podemos contar para resolver la incógnita, nos dejan en la encrucijada. En primer lugar **el testimonio de los códices existentes** es unánimemente favorable a la genuinidad, pero no decisivo, por ser pocos y tardíos. Sólo tres códices, el más antiguo del s. XI, nos conservan en su lengua original el libro dieciocho de las Antigüedades. Existe además en una versión latina del s. VI y en un compendio del s. IX o X. **El uso que los escritores cristianos han hecho del pasaje** es desfavorable, pero tampoco constituye un argumento decisivo contra la genuinidad. Eusebio (s. IV) cita el pasaje dos veces (6); los demás autores cristianos de los ss. II, III y IV parecen desconocerlo. Llama especialmente la atención este silencio en los escritores que indudablemente conocieron la obra de Josefo. Orígenes por ejemplo (s. III) cita el pasaje de las Antigüedades 18, 5, 2, en el que se relata la muerte cruenta de San Juan Bautista y el relativo a Santiago (20, 9, 11); pero no se sirve del que discutimos, con ser tanto más importante.

Para reforzar el argumento anterior, insisten algunos autores en **otros pasajes de Orígenes**, según los cuales Flav. Josefo no reconoció en Jesús al Cristo (Mesías). Estas afirmaciones sin embargo no nos enseñan sino lo que sabemos independientemente de Orígenes, a saber, que Flavio J. no se convirtió al cristianismo. Se identifica, pues, esta dificultad con la que resulta del contraste entre la incredulidad de Josefo y su testimonio, la principal de cuantas se ventilan en la **crítica interna del pasaje**.

Formulemos claramente esta **dificultad**. ¿Es posible que Josefo, permaneciendo incrédulo, escribiese un fragmento en el que reconoce que Jesucristo hizo milagros, resucitó, verificó los vaticinios mesiánicos del antiguo Testamento? La respuesta no puede ser precipitada ni tajante. Muchos escritores, en diversas épocas, han tributado al

(6) Historia eccl. I, XI, 7-8; Demonstr. eváng. III, V, 105-6.

(7) Trata este caso J. Iturriz S. J. en su artículo "El Cristianismo de Bergson",

Cristianismo espléndidos elogios, sin convertirse al Cristianismo. Baste recordar el tan elocuente como reciente caso de H. Bergson (7). Por lo que hace a nuestro autor, la compatibilidad de su testimonio con su falta de fe, aperece muy verosímil, teniendo en cuenta su carácter versátil y su actitud religiosa de eclético liberal, que fluctúa entre los diversos sistemas religiosos sin prestar completa adhesión a ninguno. Quien no tuvo reparo en aplicar a Vespasiano las profecías bíblicas (8) ¿qué de extraño tiene las diese por cumplidas en Jesús? Cabe también interpretar sus palabras, no como afirmaciones personales, sino como referencia de una opinión ajena muy extendida (9). La expresión "Este era el Cristo" sería gemela de aquella otra también suya "al que llaman el Cristo". El P. Grand-Maison, en su Vida de Jesucristo, insinúa otra manera probable de conciliación por la posibilidad de un sentido irónico en las expresiones de más intenso sabor cristiano.

Hasta aquí, las razones. Si para romper su equilibrio apelamos al **argumento de autoridad**, al parecer de los sabios; la plejidad, lejos de desaparecer, aumenta y se afianza. En el decurso de la controversia los especialistas se han ido repartiendo en tres grupos, en cada uno de los cuales figuran autores de las más diversas escuelas y tendencias. Unos, como F. C. Burkitt, de Oxford; W. Emery Barnes, de Cambridge; A. Harnack, de Berlín; Seitz, C. Knepper, A. Tricot, defienden la genuinidad integral del fragmento. Otros se pronuncian por la interpolación total: Ed. Schürer (10),

Razón y Fe, Madrid, 127 (1943) 243 ss. Hacen sobre todo a nuestro propósito las siguientes palabras del testamento de Bergson, extendido el siete de Febrero de 1937: "Mis reflexiones me han ido acercando cada vez más al Catolicismo. Me hubieran convertido de no haber visto prepararse hace años... la formidable ola de antisemitismo que se va a desencadenar sobre el mundo. He preferido permanecer al lado de los que mañana van a ser perseguidos. Espero que un sacerdote católico, si el Cardenal Arzobispo de París se lo autoriza, se dignará venir a rezar sus oraciones en sufragio de mi alma" (ib. p. 248-49).

(8) De Bello indalco VI, 5, 4.

(9) Discute ampliamente ésta y otras dificultades E. Dorsch S. J., Institutiones theol. fundam. Oeniponte 1916, Vol. I, p. 575 ss.

(10) Geschichte des jüdischen Volkes, Leipzig 1907, t. I, p. 544. Consigna allí el autor una larga serie de defensores de cada sentencia.

B. Niese, J. M. Lagrange O. P., Batiffol. El tercer grupo afirma la genuinidad parcial. Tal es la opinión de Ed. Reuss, Renán, T. Reinach, Goguel, Corsen, Fillion y otros.

Nos habla también de Jesús otra obra de F. Josefo "De bello iudaico", o más bien, una antigua versión eslava de esta obra, en fragmentos que faltan en el actual texto griego. El año 1906 A. Berendts publicó ocho de ellos (11). Los tres primeros (n. 1-3 en la enumeración de Berendts) tratan de Juan Bautista; uno (n. 5) refiere la predicación y persecuciones de los apóstoles; los restantes (n. 4, 6, 7, 8) se refieren a Jesucristo y su obra.

Según Berendts, F. Josefo hubiera compuesto su obra primero en lengua arámbica; la hubiera publicado después en griego. Esta primera redacción griega, poco elaborada, hubiera sido retocada por el mismo autor y transformada en el texto griego conservado hasta nuestros días. La primitiva redacción griega se conservaría íntegra y fielmente en la versión paleoeslava, cuyos fragmentos relativos a Jesucristo se deberían por lo tanto a la pluma de Josefo.

Rechazaron esta última afirmación Schürer y Bousset con otros. La admitieron y aprobaron entre otros Delehaye, Goethals, Eisler. Parece haber pronunciado la palabra definitiva en el asunto A. C. Bouquet, negando la genuinidad de las discutidas adiciones (12). Según él, los Eslavos recibie-

(11) Pueden verse todos estos fragmentos en una versión alemana, seguidos de una discusión casi exhaustiva en H. Dieckmann S. J., *De Revelatione. christ.*, Friburgo de B. 1930, pp. 383-87.

(12) *Journal Theol. Studies* 36 (1935) 289-93. Cf. U. Holzmeister S. J., *Historia aetalis Novi Test.* 2a. edic. Roma 1938, p. 14.

ron la obra flaviana de manos de Focio († 891 próx.), y Focio no conoció dichas glosas, las cuales serían por lo tanto falsificación posterior.

Resulta de todo lo dicho que F. Josefo debe figurar entre los testigos de la existencia de Jesús. Es segura la rápida alusión del pasaje en que trata del martirio de Santiago. Es probabilísima, al menos suprimidas las expresiones sospechosas, la breve pero sustanciosa relación de la persona y obra de Jesús, contenida en el primer pasaje. Resulta, pues, anticientífico dar por probado que F. Josefo no hizo en todas sus obras la más leve mención de Jesús. Más aún, cuando este pretendido silencio absoluto del célebre historiador fuese probado, aún sería anticientífico avanzar rectilíneamente, deduciendo como consecuencia la negación de la realidad histórica de Jesús. Nada extraño, pues, que de la babélica confusión de las incontables escuelas modernas, a pesar de sus radicalismos y extremismos, a penas haya surgido algún que otro autor (los mitólogos Drews y Couchoud), que se aventurase a sacar tal partido del historiador judío. Estos **mitómanos**, a más de partir de un falso supuesto, cometen la arbitrariedad de aplicar las categorías matemáticas a esa realidad fluctuante, irregular, caprichosamente sinuosa que es frecuentemente la psicología, conducta e historia humana. Tal fué ciertamente la de Josefo.

"El silencio (relativo) de F. Josefo —ha escrito Goguel— no es el silencio de la ignorancia; es el de la prudencia y del miedo, es un silencio interesado" (13).

(13) Cit. por L. Vaganay en *Le Christ* (Encyclopedie Bardy-Tricot) París 1935, p. 119.

V. C a n t e r a S. J.

